

## El duro reto de la integración

La erradicación de las últimas infraviviendas de Penamoa y la redada de esta semana en O Vao muestran cómo la eliminación del chabolismo es un proceso que requiere la cooperación entre Administraciones

REPORTAJE  
María Cedrón

REDACCIÓN/LA VOZ. La erradicación del chabolismo en Galicia es un proceso que avanza al ritmo que marcan los ayuntamientos en los que están localizados los asentamientos. «En Pontevedra deuse publicidade aos realoxos antes de planificalos. Foi o que provocou as protestas dos veciños, porque calquera achegamento que se facía ás familias para a súa integración era rápidamente publicitado. Iso valeulle a A Coruña como exemplo. O Concello coruñés tamén entendeu que había que facer unha inversión para que o proceso tivera éxito e non agardar á subvención que viña da Xunta», apuntan fontes de la Fundación Secretariado Gitano. En torno a dos años después de que se iniciaran los procesos de integración y realojo de chabolistas en O Vao (Pontevedra) y Penamoa (A Coruña), el proceso aún no ha terminado.

El lunes pasado la Guardia Civil realizó una redada antidroga en el poblado de O Vao, en el concello de Poio. Fueron detenidos cuatro miembros de una de las familias realojadas hace dos años en el barrio pontevedrés de Monte Porreiro, una actuación que desencadenó una fuerte protesta vecinal. Las manifestaciones, que incluso acabaron la semana pasada con una vecina condenada a pagar una multa de 75 euros por hostigar a las familias, llevaron a las autoridades a buscarles una nueva ubicación con carácter transitorio en dos viviendas situadas junto al poblado. La intervención del lunes parece cuestionar la eficacia de una iniciativa que, por el contrario, ha funcionado con otras familias realojadas en Boavista (Poio) o en el barrio de Caritel, en Ponte Caldelas. Pero desde la concejalía de Asuntos Sociales de Poio prefieren, por el momento, no airear el asunto de los realojos.

### El caso de A Coruña

Cuatro días más tarde y 134 kilómetros más al norte, otras dos infraviviendas ubicadas en Penamoa (A Coruña) cayeron a plomo sobre el terreno por el que avanzará una de las infraestructuras clave para descongestionar el tráfico de entrada a la ciudad. En julio del 2008, cuando el Ayuntamiento inició el proceso de erradicación de la barriada, un centenar de familias vivían allí en condiciones infrahumanas. Ahora, 22 meses después, quince aguardan a que los servicios sociales municipales les busquen un lugar adecuado tras finalizar el proceso de integración. Pero otras veinte se resisten a abandonar la zona. Son las



Una veintena de familias se resisten a dejar sus chabolas en Penamoa, y el Ayuntamiento coruñés les ha dado de plazo hasta junio para irse | OSCAR PARÍS



Vecinos de O Vao alegan que, a veces, no los dejan integrarse | VÍCTOR MEJUTO

### LA CIFRA

35%

**Población gitana que vive en chabolas en Galicia.** Hace veinte años era de un 70%, según los datos que maneja el Secretariado Gitano. En España el porcentaje es del 12%.

que se han negado a acogerse al Plan Especial de Penamoa.

El temor a que ocurra algo semejante a lo sucedido esta semana en O Vao está en el aire. Algunas voces confían en que, finalmente, el diálogo fructifique,

pero aluden también a la implicación de otras Administraciones en un proceso llevado a cabo en solitario por el Ayuntamiento. Con todo, desde Asuntos Sociales son optimistas. «Cuando empezamos con esto nadie creía que lo lograríamos, pero todo el mundo se implicó. Ya queda poco», explica la concejala, Silvia Longueira. Reconoce que erradicar el chabolismo es complicado. «Hay que trabajar con los vecinos y con los habitantes del poblado para enseñarles a ser responsables para empezar una nueva vida», cuenta.

«Las ayudas que dan no llegan para nada; por lo menos aquí no pagamos ni casa ni luz ni agua»

### A. Mahía

A CORUÑA/LA VOZ. Penamoa fue una vergüenza desde el mismo día en que nació, allá en los ochenta, cuando el Ayuntamiento coruñés necesitó despejar de chabolas una zona emergente de la ciudad (Cuatro Caminos) y envió a los que allí vivían adonde empiezan las leiras y terminan las casas, junto a la vieja carretera de Arteixo. En diez años, Penamoa multiplicó por veinte el censo, con el levantamiento de decenas de chabolas, hasta alcanzar las 140 que había hace un año. Entró la droga en el poblado y en nada se convirtió Penamoa en el supermercado de la heroína del norte de España. Nadie se preocupó de ellos hasta que se quiso hacer la gran vía de circunvalación de la ciudad, la tercera ronda, que tropezó con el poblado.

Ahí, el Ayuntamiento emprendió un plan de erradicación del chabolismo que, de no ser por las veinte familias que quedan en estos momentos en el poblado y que, por haches o por bes se niegan a abandonarlo, la iniciativa municipal no ha podido resultar más exitosa, pues de las cincuenta familias que fueron realojadas en pisos repartidos por la ciudad solo con una hubo dificultades.

Ahora el problema tiene

nombre y apellidos. Los de las 20 familias que se niegan a abandonar el poblado y que no han querido o no han podido integrarse en el plan de erradicación del chabolismo, por lo que ya han dicho adiós a las ayudas para el alquiler o la compra de una casa o piso. El Ayuntamiento de A Coruña les dio un plazo. Si en junio no se van por las buenas, lo harán por las malas. La policía y la Justicia serán los que se ocupen.

Entre los que resisten a abandonar el asentamiento no hay miedo. «A mí nadie me va a sacar de aquí ni a la fuerza», comenta uno de los vecinos. «Si no nos quieren dar ayudas suficientes, porque las que nos ofrecieron no nos dan para vivir, que venga el Ejército, que aquí lo esperamos», advierte otro.

Entre los que no quieren irse hay delincuentes, cuyos únicos ingresos proceden de la venta de droga. El resto trabajan en la chatarra o en la venta ambulante. Estos últimos esgrimen que las ayudas que les ofrecieron «no llegan para nada. Pretenden que paguemos la mitad de un alquiler, la luz, el agua, la comida, la educación de nuestros hijos. Por lo menos aquí no pagamos ni vivienda, ni luz ni agua».



La familia de Miguel Montoya Giménez comienza a estar a gusto en Caritel, el pueblo de Ponte Caldelas al que llegaron hace ahora dos años | VÍCTOR MEJUTO

Una familia realojada en Ponte Caldelas reconoce un cambio de actitud entre los reacios a su presencia

## «Poco a poco nos van aceptando y ya hay vecinos que nos hablan»

M.C.  
REDACCIÓN/LA VOZ. Haber vivido en una chabola de O Vao, en el concello de Poio, es un estigma. «Pagan justos por pecadores», explica una joven gitana de Monte Porreiro que vivió en el poblado antes de abandonarlo para trasladarse al sur. Allí, explica, conoció a su marido. Juntos regresaron a Pontevedra y se instalaron en un barrio. No tuvieron problemas. Ella va a los cursos de alfabetización que organiza la concejalía de Asuntos Sociales del Ayuntamiento pontevedrés para «poder ayudar a mis hijos en la educación, algo que no pudieron hacer con nosotros nuestros padres», repite. Y quiere que el Concello organice cursos para aprender un oficio: quiere que le den una oportunidad.

Porque esta joven, que prefiere ser anónima, conoce lo complicado que es estar marcada por O Vao, un poblado en el que algunos tampoco niegan, dejando el pudor a un lado, que «cuando trabajando en el mercado no

se saca para comer, algo hay que hacer para mantener a los hijos». Lo que hacen es un secreto a voces. Algo que ha desvelado la redada antidroga llevada a cabo esta semana en el barrio.

La joven de Monte Porreiro es tan consciente de ese estigma como la familia de Miguel Montoya Giménez, una de las dos que tras el derribo de media docena de chabolas del poblado en noviembre del 2007, tras ser ejecutada una orden judicial que obligaba a su erradicación por estar levantadas en un terreno entonces de uso forestal, fueron realojadas en Caritel, en Ponte Caldelas, a una media hora en coche de Pontevedra.

La familia de Miguel Montoya soportó sangre, sudor y lágrimas. En mayo del 2008, las manifestaciones frente a su casa, las pintadas y las cacerola-

das llegaron a formar parte de su día a día. Pero no se rindieron, no abandonaron la casa que les habían dado. Aguantaron. El propio Miguel aseguraba entonces que no los iban a echar por miedo, que era una cuestión de principios.

Ahora, dos años después, la pesadilla comienza a conver-

«Era un prejuicio que tenían los vecinos por venir de donde veníamos. Vivíamos en el poblado de O Vao porque no teníamos otro lugar en el que poder estar»

tirse en sueño. «La integración está bien. Ahora estamos tranquilos. Poco a poco hemos ido mejorando», explica Miguel desde el balcón de su casa.

Imagina que todo lo ocurrido fue producto del desconocimiento. «Al principio no nos conocían y pensaban que éramos mala gente, pero poco a poco nos van aceptando y ya hay ve-

cinos que nos hablan. Otros todavía no, pero poco a poco. Han visto que estaban en un error y ahora ya estamos mucho mejor», insiste una y otra vez desde el balcón.

Porque, no se cansa de repetir Miguel, «era un prejuicio que tenían los vecinos por venir de donde veníamos. Vivíamos en O Vao porque no teníamos otro lugar en el que poder estar», explica este hombre cuya actividad principal es la chatarra y la venta ambulante. Fue a lo que se dedicó durante toda la vida. «El yerno está ahora por ahí recogiendo chatarra. Va desde la mañana hasta las cuatro o las cinco de la tarde. Luego voy yo hasta la noche. Antes también tenía gallinas, pero vino el zorro y las comió», cuenta.

Desde el balcón se despide. En el pueblo todo está tranquilo, pero aunque ya han pasado dos años de las protestas contra el realojo, todavía pueden verse algunas pintadas contra el asentamiento de gitanos, «contra el realojo ilegal», rezan.

«Estamos muy bien, no tenemos ningún tipo de problema, ni lo hemos tenido»

Junto a una urbanización de chalés adosados, justo en lo alto de la ría de Pontevedra, hay un bloque de edificios. Parece construido en pleno desarrollismo. Hacia el portal de entrada al inmueble avanza un vecino. Es joven.

—¿La familia realojada de O Vao?

—Viven en el piso [...], responde.

Al timbrar, abren la puerta. «Estamos muy bien, no tenemos ningún tipo de problema, ni lo hemos tenido», responden con amabilidad. Pero no quieren imágenes, ni hacer más declaraciones. Aunque vez lo han hecho, pero ahora les gustaría continuar con su vida tranquila.

Son una de las pruebas, junto a la familia de Ponte Caldelas, de que la integración puede ser real. Aunque a diferencia de esta, la de Pontevedra nunca ha tenido problemas con el vecindario. Estas familias, con mayor o menor esfuerzo por su parte, parecen haber comenzado a quitarse la marca de un poblado como O Vao.